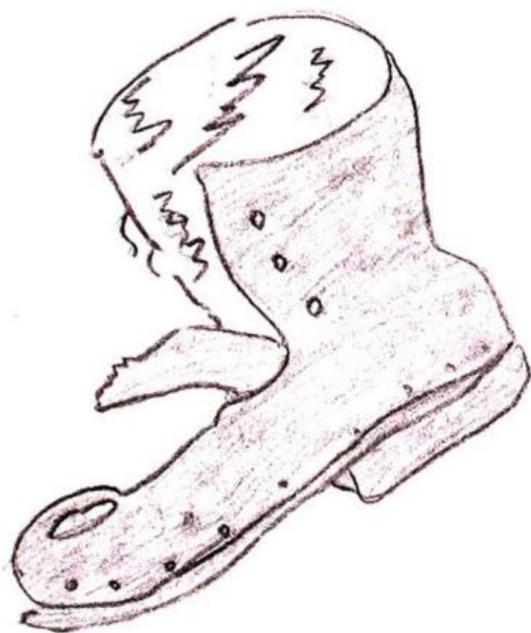


que vivió en un mundo, una familia y una forma de ser que construyó palabra por palabra.

RICARDO SILVA ROMERO

### El escritor y su paisaje: Eduardo Caballero Calderón

A Eduardo Caballero Calderón lo vi por primera vez una noche de diciembre de 1974. Recuerdo las paredes blancas de su casa de Teusaquillo, la puerta verde, las vigas de madera al aire en la fachada y el olor ácido de su biblioteca. Pero sobre todo, recuerdo la imagen del viejo calvo, de barba gris, sentado en un sillón de cuero, rodeado por un bastón, un vaso de güisqui aguado y un cenicero lleno de colillas. Porque en esa época, Eduardo todavía fumaba: Pielroja, dos paquetes al día.



Esa vez no hablamos. Mejor dicho, menos mal que no hablamos, porque yo tenía 20 años y las rigurosas herramientas del materialismo histórico me decían que Eduardo Caballero era el típico escritor oficial que había conquistado su fama gracias a estar emparentado con presidentes y dueños de periódico. Para mí, en esa época, *Siervo sin tierra* era la tragedia del campesino contada desde la cómoda óptica del latifundista y *El Cristo de espaldas* un manifiesto del liberalismo maltrata-

do. Con estas simplezas como punto de partida, nuestra charla hubiera resultado siniestra.

Cuando volví a verlo, siete años después, en 1981, mi sarampión marxista había desaparecido y pude acercarme a él sin prejuicios. Recostado en una hamaca de su casa en Tipacoque, cubierto por diez mil metros cuadrados de teja de barro, Caballero era la viva imagen del escritor realizado, de alguien que ya había contado lo que debía y que ahora se daba el lujo de olvidar. A su lado, seguían el vaso de güisqui aguado y el bastón, pero el cenicero había desaparecido. Eduardo ya no fumaba. Una gripa de esas que liquidan cualquier vicio lo había despojado del Pielroja.

Lo primero que me sorprendió fue su timidez. Tenía un gesto muy característico, se tapaba media cara con la mano apoyada en la frente. Así, atrincherado, enfrentaba la conversación. Entonces, se atrevía a lanzar unas frases lapidarias que tenían un tono entre humorístico y arbitrario. Con sus facultades en declive, se permitía la intransigencia.

Empezamos a hablar y muy rápido cayó en dos de sus obsesiones: la ecología y la inmoralidad de los políticos. Se incorporó de la hamaca y me señaló con el bastón la cadena de montañas que rodean a Tipacoque como una muralla. Del lado occidental, cerca de la cumbre, podían distinguirse unos pequeños manchones azules. “Son robles”, me dijo. “Los únicos robles que sobreviven en esta parte de la cordillera. Algunos tienen más de doscientos años. Esta cojera que tengo me la gané montando a caballo por allá arriba, tratando de defender esos árboles. Tiempo perdido”, remató, “porque de mil hectáreas de robles que había, ahora no deben quedar ni 200. La gente tala y tala y a nadie le importa que el municipio se vaya a morir de sed. Es un desastre. Éste es el único país del mundo que acaba con los ríos, los ferrocarriles y los bosques”.

En un intento por salvar los robles de Tipacoque, Eduardo pensó regalárselos a la Nación, para que el

Inderena los protegiera. “Pero no me los quieren recibir, porque no tienen presupuesto para administrar la donación. Es absurdo, pero Colombia es así. Aquí, el gobierno nunca tiene plata para hacer carreteras, para pagarles a los maestros o para defender los recursos naturales. Aquí, ni siquiera hay plata para recibir un regalo. Aquí, somos tan pobres que el presupuesto sólo alcanza para que se lo roben”.

Tenía razón, desde luego. Aunque tener razón no le sirviera de nada y amarrado a su sillón o a su hamaca, tuviera que seguir asistiendo al drama de un país saqueado por unos políticos sin grandeza. “Es increíble”, protestó, “si el Libertador estuviera vivo, les bajaría los calzones a todos, para darles reajo”.

Esa rebeldía en un hombre de 71 años que lo tenía todo para ser un conformista, me enterneció. Y cuando supe que no era un latifundista, me gustó todavía más. “La hacienda está en manos de los campesinos que la habitan y la trabajan. Los tipacoques son ahora los dueños y yo estoy como Siervo Joya, sin tierra”. Lo dijo sin pretensión, sin alardes demagógicos y sin tristeza. “Lo único que lamento es que no hayan cuidado el suelo que les debía dar de comer. Sin agua, los cañaduzales murieron y los trapiches cerraron. Entonces, la gente empezó a sembrar tabaco. Pero con el tiempo, la tierra tampoco produjo tabaco y apareció el negocio del transporte. Ahora, aquí la plata sale de los camiones y no de la agricultura. Y eso es una lástima, porque yo amo la tierra y detesto los camiones. Antes de ser chofer, hubiera preferido pedir limosna por la calle”.

Así, enfático y arbitrario, pesimista pero fatalmente lúcido, lo seguí escuchando en nuestras conversaciones de los siguientes diez años. Conversaciones que terminaron ante una cámara de video, en una entrevista que sirvió para estructurar el documental que les recomiendo que vean “El escritor y su paisaje”, porque es el testimonio de un escritor muy nuestro y muy subestimado (como todo lo nuestro), un escritor al que

le fluían las palabras con la misma naturalidad con la que hacía pipí, un escritor que le dio vida a la saga de los campesinos del norte de Boyacá y contó la tragedia de un pueblo condenado a vivir en guerra.

\*\*\*

La obsesión que vertebra lo que un crítico llamaría el “universo literario de Eduardo Caballero Calderón” es el tema de Caín y Abel. El asesinato del hermano es el asunto de por lo menos tres de sus novelas: *El Cristo de espaldas*, *Caín e Historia de dos hermanos*. Y *Siervo sin tierra* y *Manuel Pacho* tienen como telón de fondo una guerra civil. Una guerra civil llena de atrocidades fratricidas que ya lleva dos generaciones separando a los colombianos, alimentando diferencias y reproduciendo hasta el delirio un círculo vicioso de crímenes, resentimientos y venganzas.

Esta es una realidad que padecemos todos, claro. Todos somos conscientes de habitar una sociedad insegura donde el compatriota ha dejado de ser un hermano para convertirse en un enemigo. El genio de Eduardo fue registrar poéticamente este conflicto. Es decir, crear unos personajes y un paisaje donde la violencia se representó con aliento trágico. El Cristo, Caín, Siervo y Manuel Pacho son ejercicios dramáticos desoladores donde el poder es injusto, el ascenso social es imposible y no hay salida legítima. Por fuerza, porque no hay nada más que hacer, por destino, el miserable que quiere superarse termina cayendo en el crimen.

¿Cómo llegó el heredero de una hacienda de diez mil hectáreas y tres mil aparceros a tener una visión tan populista de nuestra historia? ¿En qué momento este año, este aristócrata exquisito, este hijo de generales y pariente de presidentes y dueños de periódicos, tuvo los cojones para meterse en el alma de sus siervos?

Empecemos por declarar que en el origen estuvo el amor. Eduardo no estaba haciendo una metáfora cuando dijo que estaba enamorado del bronco paisaje del cañón del Chicamocha. Lo que sentía Eduar-

do por esta tierra era un afecto real, hondo e irreversible. Caballero amaba los robles de la montaña, las casitas campesinas construidas a la orilla de la carretera y las duras peñas donde pacían las tropas de cabras. Pero por encima de todo, amaba a la comadre Santos, al maestro Roque y al lector del Arancel de Aduanas Siervo Joya, a los tipacoques rústicos y sufridos que se congregaban alrededor de su hamaca en las tibias noches de la hacienda para contar las historias simples y conmovedoras que alimentaron una obra universal. Porque ya entrados en gastos digamos que Eduardo Caballero Calderón es un grande porque creyó en su gente, porque se tomó el trabajo de oírlos y tuvo el talento para recrearlos. Así, llegó a ser traducido a veinticuatro idiomas, a vender dos millones de ejemplares y a convocar a auditorios como éste, donde yo me puedo llenar la boca diciendo que Eduardo sigue vivo porque su obra sigue vigente.

Sigue vigente porque él vivió en carne propia la incertidumbre del desterrado. Por eso, pudo ser Siervo Joya, porque él también tuvo su dosis personal de infortunio. “Yo estaba en Tipacoque, con mi familia. Y una noche llegó el jefe conservador de Soatá, con un grupo de hombres armados que llenaron el corredor. El tipo se me acercó y me dijo: ustedes se tienen que ir de aquí, porque esto lo vamos a quemar”.

“Ustedes se tienen que ir de aquí, porque esto lo vamos a quemar”. Ahí, el escritor recuerda esa noche terrible con dolor y con rabia. Con el mismo dolor y con la misma rabia que han sentido los millones de colombianos que han abandonado sus parcelas por la fuerza de las armas, cuando alguien con un fusil les ha dicho: fuera perros, que esto lo vamos a quemar; o cuando sin anuncio lo han quemado, o bombardeado con pipetas de gas, o ametrallado a mansalva. Pueblos enteros que han desaparecido entre el humo de las hogueras, mientras la noche de la masacre avanza y los sobrevivientes huyen dejando una huella de sangre y ceniza.

Dolor y rabia, sí, sufrimiento y violencia, injusticia y venganza, esos elementos que son la base de nuestra tragedia. Porque se trata de una tragedia, como bien lo decretó Caballero al finalizar *El Cristo de espaldas* sentenciando al cura al silencio, o condenando a Siervo a morir sin tierra.

A la hora de la verdad, se trata de una historia sencilla, fatal, sin remedio: Caín mata a Abel y hace pagar a todos por su crimen. “Maldito serás, la tierra que labrarás no te dará ningún fruto”. Al optar por la violencia, la sociedad entera se condena a la pobreza.

\*\*\*

Entonces, ¿no hay nada que hacer? ¿No hay solución? Si el personaje trágico es un juguete del destino, ¿qué esperanza tenemos?

Si no cambiamos de historia, ninguna. Si la muerte del hermano sigue siendo un negocio, seguiremos representando el drama que nos agobia. Un drama donde la vida cotidiana de todos se ha degradado hasta el punto de que los ricos tienen que vivir como unos miserables.

¿Pero, vamos a ser capaces de crear un país distinto? ¿Vamos a ser capaces de construir barreras culturales que conviertan en tabúes al homicidio y al robo? ¿Vamos a po-



der quitarnos de encima a esa pandilla de asesinos y ladrones que han desprestigiado la justicia y han convertido al crimen en el único camino para conseguir riqueza?

Cuando conocí a Eduardo Caballero Calderón, él no pensaba que esto fuera posible. Al contrario, nos veía destinados a la catástrofe. Después de setenta años de batallar contra toda clase de molinos de viento, este Quijote criollo había recobrado la razón y se preparaba para morir sensato. Él sabía que nunca vería pavimentada la Carretera Central del Norte, que los políticos siempre encontrarían una forma de robarse la plata, que los bosques de robles iban a terminar hechos muebles, que su pueblo no iba a encontrar la paz y que todas las prosperidades serían ficticias, mientras la tierra del cañón del Chicamocha siguiera azotada por la erosión. Pero esta lucidez atroz, no le impidió seguir protestando. A pesar de que estaba defendiendo una causa perdida, tuvo la entereza de seguir en la brecha, fiel a sí mismo.

Hasta el fin de sus días, Eduardo Caballero se rebeló contra lo intolerable. Apoyado en el infinito amor que tuvo por una tierra áspera y ensangrentada, siguió terco en su punto, sabiendo que el camino de la realidad era el del suicidio colectivo y que el bando de los ganadores era el de los piratas. A riesgo de parecer pesimista y negativo, a riesgo de incomodar a la multitudinaria legión de los conformes, Caballero fue la mala conciencia de un tiempo cada vez más equivocado. Porque en el reverso de su obsesión por el mito de Caín existía un sueño de fraternidad, un sueño de armonía entre hermanos, una fascinación por la belleza de esta Patria torturada que es nuestro único paisaje posible.

Por eso, cerré mi documental con el discurso que Eduardo leyó a los tipacoques el 5 de diciembre de 1956. Ese día, el escritor reunió a campesinos de todas las veredas en el patio de la hacienda y descubrió una piedra blanca, donde constaba que el Libertador había almorzado en esa casa el 5 de diciembre de 1826. En sus palabras de siempre, limpias

y bellas, Eduardo hizo una evocación de Bolívar memorable. Y terminó diciendo lo siguiente:

*La patria son estas montañas que ahora miramos, el río que rueda allá abajo en el cañón bañando las vegas donde Siervo Joya siembra unos colinos de tabaco y vigila su arisca tropa de cabras. La patria es el pedazo de tierra que Juan de la Cruz tiene en El Palmar, sembrado de maíz, y la casita de piedra que Antonio Ávila hizo a la orilla de la carretera. La patria son las tumbas de tantos viejos amigos que han muerto y que ustedes conocieron. Nosotros no podemos faltar al mandamiento de esos muertos que fueron boyacenses y colombianos como nosotros, ni a la sugestión de este paisaje formidable, ni al encanto de esta tierra que el Libertador nos dio hace 130 años para que fuera nuestra, y de los hijos de nuestros hijos.*

LUIS GONZÁLEZ

## El nombre del padre

Venir de lo escrito, amar una obra como uno fue amado. ¿Quién mejor que su propia hija vea la vida de su propio padre con una memoria como ninguno? Cada momento de su obsesión que es la vida y la obra literaria de una persona admirada como padre, como familia, como relación tierna, puede ser la más clara apreciación de una persona amada.

Anécdota sobre anécdota, dato tras dato, en medio de una vida que se dio en este país que queda. Y es tanto lo que Eduardo Caballero Calderón es, que la mano acariciante de su propia hija a duras penas lo evoca.

Son dos historias aparte. Son dos historias casi como una autobiografía mutua, donde hija y padre se funden en un hecho vital y cuidadoso como es conocer ella su obra y sa-

berla ofrecer. Son dos vidas juntas, como las hijas de Milton que escribieron *El paraíso perdido*.



¿Qué más elocuente que el amor para poder escribir o describir una vida? No solamente es válido y útil poder hacerlo, sino que la mejor semblanza es la también vivida por quien la escribe. Cómo con una niña de una edad femenina privilegiada se puede sentir lo que es un hombre padre, qué mejor que una misma vida para describir otra. Este acto de sinceridad sutil es refrescante para una autobiografía mutua. Se hacen más vivos juntos que si el propio autor hubiera escrito sobre sí mismo. ¿Quién puede calcar mejor el alma de alguien si no es un amante de sus avatares, que sea su hija y con un estilo escueto, jovial y también filial, en un texto apacible y veraz nos presente al literato, al hombre de la casa, el político, el diplomático, el ensayista? Pues sobre todo por haber compartido con él su vida literaria en sus propias teclas.

Es muy refrescante olfatear y compartir momentos de un autor con dimensiones que eran y son necesarias conocerlas. Es una autobiografía de Beatriz sobre su padre. Ambos tienen su propio estilo de expresarse y este libro es un cálido diálogo entre ellos. Son emociones mutuas compartidas y los dos están conversando como padre con hija e hija con padre. Es una eterna conversación.

CARLOS MAYOLO